

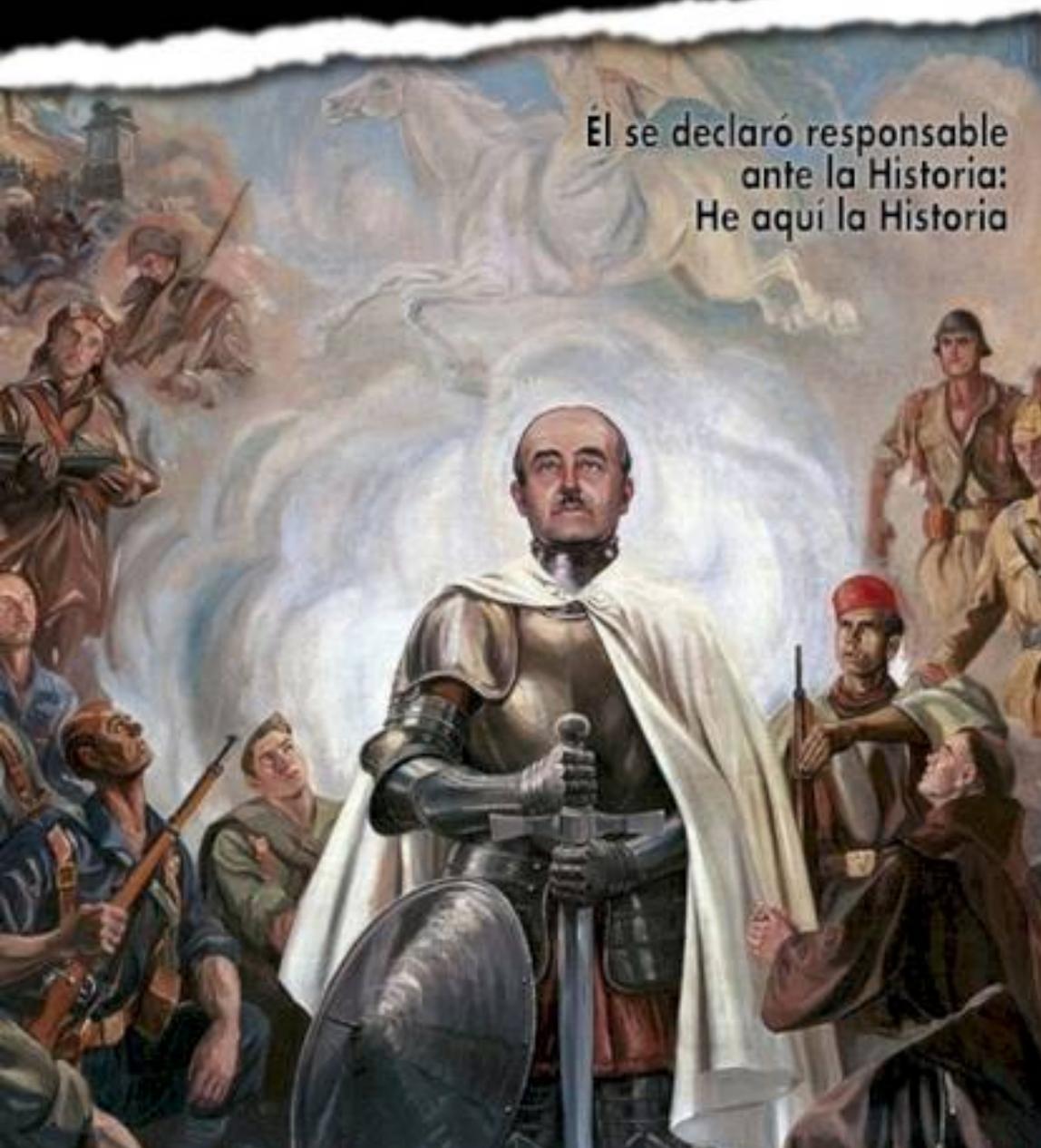
FRANCISCO FRANCO

BIOGRAFIA
HISTORICA

Ricardo de la Cierva



El se declaró responsable
ante la Historia:
He aquí la Historia



La biografía definitiva de Francisco Franco, escrita por el profesor Ricardo de la Cierva. Este libro electrónico reúne los seis volúmenes que la obra original, publicada en 1981, aunque sin la importante parte gráfica con que contaba ésta.

Prólogo a esta versión definitiva

En 1973, cuando aún era Francisco Franco jefe del Estado y Generalísimo, publiqué una versión anterior, necesariamente incompleta, incluso por razones biológicas, de este libro, bajo el título *Francisco Franco, un siglo de España*. El análisis histórico de esa versión llegaba hasta el inicio de los años sesenta; la crónica avanzaba algo más, pero no se adentraba en los setenta. Media docena de autores extranjeros, algunos muy estimables como el profesor Tryhall, el artillero-historiador George Hills y el analista internacional Brian Crozier, se habían adelantado ya al publicar biografías de Franco en las postrimerías de su etapa histórica, sin preocuparse por el hecho de que tal etapa no hubiese terminado aún. Algunos autores españoles habían trazado, en tiempos muy anteriores, apuntes biográficos del Caudillo.

Contra lo que pudiera preverse, y aparte de algún intento no excesivamente importante fuera de España, no se ha publicado ninguna nueva biografía de investigación sobre Franco tras la muerte de Franco. Brian Crozier ha intentado una faena de aliño para reflejar los últimos años del régimen; y en innumerables trabajos sobre la historia del régimen se han trazado algunos rasgos biográficos del Generalísimo. En vista de tal penuria biográfica he creído ineludible completar mi versión de 1973 en dos sentidos. Primero, analizar la vida de Franco hasta el momento de su desaparición. Segundo, reescribir por entero la obra desde el pri-

mer capítulo al último, con aportación de la enorme masa de documentos, testimonios y contribuciones bibliográficas de todo tipo que he venido reuniendo desde la publicación de la versión incompleta. El resultado ha sido un libro enteramente diferente, con extensión superior al doble de la versión primaria, con reelaboración a fondo de todos los datos y análisis contenidos en ella, de forma que, para el autor, ésta es la versión definitiva de su obra.

LOS PROBLEMAS DE LAS MEMORIAS DE FRANCO

Una biografía es la historia de un hombre en su tiempo. Puede emprenderse —como hizo magistralmente Jesús Pabón en su *Cambó*— «por líneas exteriores» como él dice, sin adentrarse en el mundo interior del personaje. Resulta entonces una escultura; con el alma puesta por el autor, que la interpreta en los rasgos dejados por el buril. En nuestro caso intentamos algo más. Estudiamos y describimos la cambiante y complejísima circunstancia de Francisco Franco, que es sencillamente la historia de casi un siglo de España en convulsión. Pero no nos basta la adivinación interior a partir de las líneas exteriores. Gracias a los testimonios del propio Franco —los meditados y los espontáneos— y a otras muchas fuentes, algunas muy directas, algunas sin revelar hasta hoy, intentamos penetrar todo lo posible en las reacciones y en la mentalidad y actitudes del personaje, describir su contexto íntimo, combinar la aproximación exterior con la intuición del interior. No dedicamos capítulos expresos a descripciones psicológicas; las vamos insertando en el relato, a la medida de los hechos, como alma de nuestra reconstrucción y nuestro análisis.

Francisco Franco no dejó, escritas ni dictadas, unas memorias. El autor de este libro lo sabe por el testimonio directo y personal de Franco a una pregunta suya en 1973. «No he escrito memorias ni pienso hacerlo. Muchas personas quedarían mal». Quienes hablan tanto sobre memorias

de Franco suelen ignorar que Franco escribió y publicó, de diversas formas, dos cuadernos de memorias: su *Diario de una bandera* —sobre sus experiencias en la Legión— y su *Diario de Alhucemas*, sobre la preparación y desarrollo del desembarco y establecimiento de la cabeza de puente en septiembre de 1925 y la campaña siguiente. Los dos, diarios contribuyeron de forma importante a la imagen pública que Franco, con expreso designio, quiso forjarse alrededor de su carrera africana.

Además de estos cuadernos publicados, Franco escribió otros durante su vida. Cubren algunas cortas etapas, casi siempre en forma de notas para desarrollo posterior. No configuran, en manera alguna, una autobiografía. Al final de su vida, durante su enfermedad mortal, su médico de cabecera, doctor Pozuelo Escudero, le convenció para que dictase sus recuerdos como ejercicio de rehabilitación. El propio doctor Pozuelo ha contado, con minuciosa exactitud, el episodio y ha dado cuenta de los resultados. Franco dictó varias cintas con sus recuerdos de infancia y adolescencia, hasta su llegada a la guerra de África en 1912. No avanzó más. La breve selección que publica Pozuelo en su muy interesante libro sobre sus contactos médicos y humanos con Franco muestra que si bien pueden hallarse en esas cintas algunos rasgos personales de interés y numerosas anécdotas, el testimonio no nos aporta nada esencial, ni seguramente nos obligará a modificar aspectos y perspectivas básicas de una biografía histórica. No hay, pues, en rigor, memorias de Franco. Recientes acusaciones contra algún miembro de la familia de Franco, quien habría sacado esas *Memorias* de España deberían referirse, si son ciertas, a partes del archivo del Caudillo, o a esas cintas y sus transcripciones. En 1975, mi amigo Emilio Romero, seleccionado por Franco y su familia para aderezar los escasísimos retazos de esas presuntas *Memorias* con vistas a su publicación, me pidió asesoramiento histórico «para rellenar lagunas». Examinado el contenido de las nuevas apor-

taciones de Franco, que Emilio Romero me describió a fondo, hube de contestarle: «Eso no son lagunas, sino islas». No pudimos, entre los dos, hacer nada serio, y desistimos.

No deben esperarse, pues, revelaciones sensacionales de unas fantasmagóricas *Memorias* de Francisco Franco. Resulta muy curioso que mientras la atención de todo el mundo se ha concentrado hacia esas *Memorias*, nadie se haya dedicado a estudiar los millares de papeles, documentos, órdenes, borradores y otros importantísimos testimonios que, firmados e incluso muchas veces manuscritos íntegramente por Franco, se encuentran a disposición del investigador en algunos archivos españoles. En las ilustraciones de este libro reproducimos muchos de ellos, rigurosamente inéditos hasta hoy, y aprovechamos a fondo los demás. Hay en todo ese material auténtico vetas esenciales para comprender los hechos de Franco, sus opiniones, su carácter; para aclarar su intervención en momentos oscuros; para reconstruir, por dentro y por fuera, su vida y su circunstancia histórica.

Esta nueva versión se avalará, además, con un extraordinario documento: los comentarios manuscritos o dictados por Franco, según los casos, sobre los capítulos de la versión antigua, que jamás se le sometieron con propósito de censura (varias observaciones de Franco, después de razonarle el caso, no se atendieron, otras, enriquecedoras del texto, sí). Creemos que no existen muchos precedentes de que un personaje histórico opine, capítulo a capítulo, sobre su propia biografía; y muestre, además, semejante respeto por el autor, al dejarle en total libertad de decidir sobre las opiniones del biografiado.

LA FRACASADA VENGANZA ANTIFRANQUISTA

Desde que se publicó la necesariamente incompleta y provisional versión primera de este libro han aparecido, además, incontables testimonios, documentos, publicacio-

nes de todo tipo con datos y perspectivas nuevas o renovadas sobre Francisco Franco, su vida y su obra. Hemos tratado de seleccionar y de aprovechar también esa enorme masa documental, testimonial, polémica o científica, según los casos. El lector juzgará sobre el resultado de nuestro esfuerzo de análisis y de síntesis.

Durante los casi treinta primeros años de su vida profesional y pública al servicio de España, Francisco Franco no tuvo casi contradictores, y acumuló un prestigio militar y nacional relevante y reconocido desde todas las tendencias de la vida española. Durante los casi cuarenta años siguientes su nombre fue signo de contradicción; mientras en España —la España de Franco— su figura imponía, por motivos históricos y políticos, una adhesión total o al menos un respeto generalizado, que impedía, mucho más que la represión o la censura del régimen, la proliferación del antifranquismo, fuera de España contó con más enemigos que amigos y fue sistemáticamente aislado y estigmatizado como el superviviente del totalitarismo vencido en la segunda guerra mundial, sin haber participado en ella.

En España, y durante la transición desde la muerte de Franco a la implantación de la democracia —un proceso que no ha terminado aún, pese a solemnes anuncios en contrario, cuando se escriben estas líneas—, muchas venganzas tardías y mucho revanchismo reprimido se ha abatido, como era de esperar, sobre la imagen histórica de Francisco Franco; con la tolerancia, la inhibición, y a veces la aquiescencia y la colaboración de muchas personas que, tras aprovecharse del franquismo, se lucran ahora groseramente del antifranquismo que jamás cultivaron. Buena parte de la juventud española solo pudo conocer los años finales de Franco, y juzga por ellos peyorativamente al conjunto de su vida y de su obra. Este libro no trata de ser una apología. Durante la época de Franco el autor de este libro no desempeñó más que cargos de carrera en el Ministerio del que era y es funcionario de carrera por oposición; y en

1974 rehusó, con gratitud y respeto, formar parte del Consejo Nacional y de las Cortes de Franco, como le propuso amablemente, al ofrecerle la Delegación de Cultura del Movimiento —cargo que también rechazó— el ministro secretario general don José Utrera Molina. No percibió el autor, por la versión anterior de esta biografía, ni una condecoración ni otra recompensa política. Ni aduló entonces, ni ahora repudia cuanto escribió; antes al contrario lo mantiene, lo profundiza y lo mejora.

BIOGRAFÍA HISTÓRICA, BIOGRAFÍA CRÍTICA

El autor, que en 1973 era profesor no numerario de la Universidad de Madrid, escribe esta versión definitiva de su biografía de Franco como catedrático de la Universidad de Alcalá; y con alguna mayor experiencia política de don Juan Carlos I. Esa experiencia política acrisolada en tres elecciones y completada con el desempeño de algunos cargos públicos incluso en el Gobierno se convierte, para el historiador, en experiencia histórica. Aunque en medios familiares del Caudillo se cree que existe en España hoy una persecución desatada contra su figura, hemos de concluir que los ataques a Francisco Franco, los desplantes y los tiznados con que el citado revanchismo ha pretendido manchar, más que criticar su memoria, no ha llegado, ni de lejos, a colmar las expectativas que algunos habían previsto. Ello se debe a la propia grandeza histórica de Franco, visible aún para sus propios enemigos; menos visible quizá para alguno de sus sedicentes partidarios, que con su encastillamiento en posiciones de extrema derecha que Franco jamás mantuvo empequeñecen absurdamente su mensaje, su ejemplo y su herencia histórica, e identifican su figura con restricciones que la Historia acabará por inundar y superar. Las palabras del Rey que figuran al frente de este libro son el mejor antídoto para semejantes exageraciones.

Esta es una biografía histórica; por tanto, es una biografía crítica, como ya fue, como ignoran quienes jamás la leyeron, la primera versión publicada en vida de Franco. No es una biografía hostil ni apologética. Simplemente histórica. Sus defectos nacerán de la enormidad del esfuerzo intentado por el autor, no de partidismo ni de pasión política. Pero en todo caso el autor está seguro de que en este libro se contienen numerosos datos, enfoques y documentos hasta ahora desconocidos; de los que, junto a las demás fuentes del libro, emana una reconstrucción viva y actual de un hombre singular cuya vida se ha identificado, como pocas en los últimos siglos, con la historia de España. Y sin cuya comprensión profunda no pueden entenderse demasiadas cosas del presente y del futuro de España. Si este libro puede considerarse algún día como la contribución de los hombres y mujeres de mi generación —la generación del tránsito— al conocimiento de la figura histórica que llenó la época anterior, no podría soñar con mejor recompensa.

Madrid, primavera-verano de 1981

Tres mensajes históricos de Juan Carlos I, Rey De España, sobre Francisco Franco

PRIMER MENSAJE

Discurso de proclamación ante las Cortes, 22 de noviembre de 1975:

«El nombre de Francisco Franco será ya un jalón del acontecer español y un hito al que será imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra política contemporánea. Con respeto y gratitud, quiero recordar la figura de quien durante tantos años asumió la pesada responsabilidad de conducir la gobernación del Estado».

SEGUNDO MENSAJE

Real Decreto 3269/75 de la Presidencia del Gobierno, fecha 5 de diciembre de 1975:

El nombre de Francisco Franco figura en cabeza del escalafón de los Ejércitos españoles de Tierra, Mar y Aire, por haber sido, «a lo largo de su esforzada vida, acendrado ex-

ponente de todas las virtudes militares en su más alto grado». Para, de este modo, ratificarse «en la firme voluntad de prestar un homenaje eficaz y permanente a su memoria».

TERCER MENSAJE

Discurso ante la Academia General Militar de Zaragoza, a raíz del fallido golpe de Estado, y fecha de 28 de febrero de 1981:

«Tres son las notas que, dentro de la emoción, dominan hoy mis sentimientos y que a todos quisiera comunicar, como Rey, como capitán general de los Ejércitos y como compañero:

Hacia el pasado, un profundo respeto;

Respeto hacia el pasado, porque aquí hay signos que se deben contemplar en todas y cada una de las páginas que, con sus grandezas y servidumbres, configuran la historia de la Patria, a la que nos sentimos orgullosos de pertenecer.

Y ese respeto ha de ser tanto más profundo cuanto más próximos están, en el tiempo, los acontecimientos, aunque solo con respeto y sin pasión seremos capaces de realizar, superando nostalgias o rencores, los necesarios análisis de errores y aciertos, para decidir con plena responsabilidad el camino a seguir».

NOTA DE AMBIENTE

Cuando el autor había escrito ya una cuarta parte de la versión inicial de este libro, el entonces subsecretario de Información y Turismo, José María Hernández Sampelayo, quiso examinarlo. A título estrictamente particular, el autor se lo dejó unos días.

La lectura de los cuatro primeros capítulos preocupó tanto al señor Sampelayo y a los entonces directores generales del Ministerio, don Alejandro Fernández Sordo y don Adolfo Suárez González, que conminaron al ministro, don Alfredo Sánchez Bella, para que se los mostrara al propio Franco. El ministro, en el Pazo de Meirás, habló a Franco del tema y el Caudillo no mostró, de momento, interés alguno.

Pero cuando ya se iba el señor Sánchez Bella, Franco le pidió los originales y, los días siguientes, los leyó a fondo. De esta forma se inició una relación intensa entre el autor y el biografiado, de la que en esta versión ofrecemos abundantes pruebas.

Los señores Fernández Sordo y Suárez González, sobre todo este último, se opusieron cerradamente a que la versión anterior de este libro se anunciase por televisión, como se hace con todas las ediciones en fascículos. Según ellos, doña Carmen Polo de Franco vería mal esos anuncios.

Una intervención personal de Franco despejó tales temores y la obra se anunció con normalidad.

La circunstancia de 1892

En la primera hora de la madrugada del día 4 de diciembre de 1892, exactamente a las cero horas treinta minutos, nació en una casa de la calle de María (hoy Frutos Saavedra, 136) de la ciudad naval-militar de El Ferrol un niño que sería bautizado el siguiente día 17 en la iglesia castrense de San Francisco con los nombres de Francisco (por su abuelo paterno), Paulino (por su tío y padrino de pila), Hermenegildo (por su tía y madrina) y Teódulo (por uno de los santos del día).

Fueron sus apellidos Franco, Bahamonde, Salgado-Araújo y Pardo, de acuerdo con las partidas de nacimiento y de bautismo^[1]. La noticia del nacimiento de Franco aparece en *El Correo Gallego* del 8 de diciembre, referida, equivocadamente, al día 7, que es la de inscripción en el Registro Civil. Cuando, muchos años después, Franco eligió nombres literarios que inevitablemente sonaban a nombres de guerra se quiso llamar, con toda certeza Jaime de Andrade, como guionista de la película *Raza*; también J. ó Hakim Boor como articulista de temas masónicos y colector luego de los artículos en un libro sorprendente llamado solo así, *Masonería*^[2] y con discutible verosimilitud Juan de la Cosa, seudónimo que probablemente compartió al principio con don Luis Carrero Blanco, e Hispanus, seudónimo compartido quizá también con el general Díaz de Villegas; Carrero asumiría después el sobrenombre en exclusiva, mientras que Hispanus encubrió siempre una colaboración más o menos directa. Por supuesto que Franco firmaría con

su nombre más de un libro, algunos prólogos, varios artículos de prensa y multitud de normas legislativas y decisiones ejecutivas. Pero conviene fijar la atención en ese auténtico nombre de guerra, Jaime de Andrade, con el que Franco se inscribió en la Sociedad de Autores con motivo del guión de *Raza*^[3]. Jaime es Santiago, el apóstol gallego y militar por el que Franco sintió toda su vida una predilección especial; Andrade es el apellido más noble en la genealogía de Franco, que figura en ella por varias entradas.

La influencia que el niño nacido poco después de la medianoche de un diciembre ferrolano y decimonónico iba a ejercer sobre los destinos de su patria sería tal que para un importante sector de comentaristas españoles y extranjeros esa patria acabaría llamándose, durante largos años, «la España de Franco»^[4]. Por ello, y porque esta biografía necesita enmarcarse en una época, parece conveniente trazar una primera evocación de circunstancia, que en este caso sería la circunstancia natal de Francisco Franco.

LAS VÍSPERAS DEL SIGLO XX

En 1892 hace ya dos años de la caída de Bismarck; Europa conserva aún, gracias a Inglaterra en los mares y al Imperio alemán en el continente, la hegemonía que hacia 1898 empezará a marchitarse, para hundirse en la historia de dos guerras mundiales al siglo siguiente. Desaparecido el Canciller de Hierro, el mundo entra en lo que llaman los historiadores de lo contemporáneo «la época de las alianzas y de las crisis» mientras tres grandes potencias extraeuropeas Estados Unidos, Rusia y Japón se aprestan a disputarse la rectoría del mundo a costa de Europa; mientras se va gestando en la península balcánica una de las crisis mortales del Viejo Continente. El mundo asiático, africano, oceánico y el hispanoamericano viven sumidos en el colonialismo total, político o económico, mientras Europa prosigue su proceso de expansión imperial por encima de sus

propias fuerzas. Movimientos de cambio cósmico surgen ya en el corazón del mundo colonial y en medio de las convulsiones de la Rusia autocrática, de la China incógnita, del Japón forzado poco antes a entrar en la comunicación con Occidente. El gigante norteamericano previsto por el conde de Aranda (una de las bestias negras de Francisco Franco) se prepara para su contradictoria irrupción imperial, y para asumir la rectoría de Occidente pese a fortísimas relictancias internas; es la Edad de Oro norteamericana, la gran ilusión nacional expansiva, tras la consolidación interna en que desembocó la guerra de Secesión. La primera amenaza y la primera víctima del imperialismo americano sería España, que conservaba un horizonte esencial y ficticio a la vez en el Caribe, a la otra orilla de Galicia. La ciencia, al dominar con pretensiones definitivas a la filosofía y arrinconar a la teología, sufre ya, por fortuna, sus primeras curas de humildad trascendente; Einstein, nacido en 1879, iniciará en 1896 los estudios que le llevarán a formular la teoría de la relatividad a partir de la intuición de Planck sobre la discontinuidad de la materia, con lo que se desfonda el absolutismo de la física clásica y el propio fundamento de las ciencias llamadas orgullosamente *exactas* hasta entonces.

Nafragaba, pues, el positivismo absoluto sin que hubiese irrumpido aún la angustia total del existencialismo; y si España solo podía presentar a un Echegaray frente a los nuevos titanes de la revolución científica, vivían ya, en 1892, un joven llamado Pablo Picasso, a punto de iniciar la revolución artística contemporánea cuando Europa no se había repuesto aún de la sorpresa del impresionismo; y un joven llamado Manuel de Falla, destinado a devolver a la música española su dimensión universal, justo cuando a Brahms y Tchaikowski les quedaba solo un glorioso estertor de vida y de obra.